

# DE LAS “ESCUELAS DE ARTES Y OFICIOS” A LA UNIVERSIDAD OBRERA NACIONAL: ESTADO, ELITES Y EDUCACIÓN TÉCNICA EN ARGENTINA, 1914-1955

José Antonio Sánchez Román  
*Universidad Complutense de Madrid*

Sumario: 1. Escuelas industriales y escuelas de artes y oficios: la enseñanza técnica en las primeras décadas del siglo XX.– 2. La recepción de las teorías “racionalizadoras”.– 3. La nueva ideología educativa, la afirmación del estado y los orígenes de la Universidad Obrera Nacional (1930-1952).– 4. Conclusión

El gobierno de Juan Domingo Perón (1946-1955) en Argentina se caracterizó por el intento de elevar el nivel de vida de los trabajadores urbanos asalariados, por el deseo de convertir al país en una nación industrializada y por un discurso fuertemente nacionalista. Estas tres ideas, íntimamente relacionadas, afectaron a todos los campos de acción política, incluida la educación. El gobierno peronista lanzó desde sus orígenes una ambiciosa reforma educativa que tenía en mente esos tres objetivos. El programa de desarrollo de las manufacturas y el deseo de mejorar la suerte de los trabajadores se vieron acompañados de una política que estimuló el aprendizaje técnico para los obreros industriales. El nacionalismo impulsado por el estado, acompañado de una retórica que identificaba a Perón y a su movimiento con la nación misma, impulsó a las autoridades a utilizar el sistema educativo como un instrumento de adoctrinamiento social. La creación de la Universidad Obrera Nacional (UON) en 1952 fue un buen reflejo de estas tendencias. En primer lugar, significaba elevar la educación técnica a categoría universitaria, como parte del programa modernizador —es decir, industrializador— que estaba llevando a cabo el gobierno. En segundo lugar, permitió a algunos trabajadores que habían recibido instrucción en las escuelas técnicas el acceso a la Universidad y presumiblemente al ascenso social. Por último, era un paso más en el control de todo el sistema universitario que el régimen había iniciado desde su llegada al poder<sup>1</sup>.

Esta interpretación de los orígenes y función de la Universidad Obrera Nacional es esencialmente correcta, pero en este artículo desarrollo una lectura alternativa, que sin descartar las anteriores añade otro significado a la institución creada

<sup>1</sup> Una de las primeras formulaciones de esta interpretación se encuentra en David Wiñar, *Poder político y educación: el Peronismo y la CNAOP*, Buenos Aires, 1970. Sobre la política educativa del gobierno peronista, en particular con respecto a las cuestiones de formación profesional, ver: Mónica Esti Rain, *Politics and Education in Argentina 1946-1962*, Armonk, NY & London, 1998, pp. 39-40. Sobre la ideología y proceso de adoctrinamiento social llevado a cabo por el peronismo ver Mariano Plotkin, *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*, Buenos Aires, 1993. Una visión que enfatiza el aspecto “democratizador”, es decir, de impulso del ascenso social de los trabajadores sobre el adoctrinamiento u otros se encuentra en Pablo Pineau, *Sindicatos, estado y educación técnica (1936-1968)*, Buenos Aires, 1991, p. 98. Revisiones de la historiografía y las principales discusiones sobre el tema se encuentran en Pablo Pineau, “De zoológicos y carnavales: las interpretaciones sobre la Universidad Obrera Nacional”, en Héctor Rubén Cucuzza (dir.), *Estudios de Historia de la Educación durante el primer Peronismo, (1943-1955)*, Universidad Nacional de Luján, 1997 y Marcela Pranko, *Universidades del trabajo en Argentina y Brasil. Una historia de las propuestas de su creación. Entre*

por el gobierno peronista en 1952. El objetivo de este trabajo es ofrecer una interpretación en el largo plazo sobre la formación de la UON rastreando las discusiones que tuvieron lugar en Argentina sobre la cuestión del aprendizaje técnico en la industria desde la Primera Guerra Mundial hasta el primer gobierno peronista. Como se verá, la Universidad Obrera puede ser entendida como la culminación de una serie de disputas sobre el campo del aprendizaje técnico, que reflejaban también disputas de poder. La UON coronaba un proceso de afirmación estatal sobre el campo de la formación profesional de los trabajadores industriales. De hecho, la creación de la Universidad Obrera fue percibida como una afrenta por un sector importante del empresariado industrial argentino y por corporaciones profesionales y universitarias, como los ingenieros. Esa imposición estatal fue en parte el resultado de un elemento estructural: la forma que adquirieron en Argentina las relaciones entre el estado y las elites económicas y sociales del país. La Universidad Obrera simboliza también las debilidades estructurales de los industriales argentinos como elite económica, en este caso, su incapacidad para mostrarse como la vanguardia del conocimiento técnico.

En la primera parte del trabajo se analizarán las discusiones y la práctica del aprendizaje técnico en la Argentina en las primeras décadas del siglo XX. En la segunda parte, se prestará atención al impacto del movimiento taylorista en la década de 1920 entre distintos grupos sociales y las posibles consecuencias educativas de la recepción argentina de esas ideas. Se observará que el movimiento taylorista nunca gozó de gran predicamento en Argentina, ni siquiera entre los que presumiblemente más se beneficiarían de su desarrollo, los manufactureros. La ausencia de un movimiento de “racionalización” del tiempo del trabajo unido a la incapacidad de los industriales para diseñar la política de aprendizaje técnico situó a los manufactureros en una posición de relativa debilidad en este terreno. En la tercera parte del trabajo se explorará la decadencia del impulso taylorista y el triunfo de una ideología educativa, alejada del discurso racionalista que sentaría las bases de la creación de la Universidad Obrera Nacional.

### *1. Escuelas industriales y escuelas de artes y oficios: la enseñanza técnica en las primeras décadas del siglo XX*

*el mito y el olvido*, Montevideo, 2003, especialmente “Anexo. Un balance de la historiografía argentina sobre la Universidad Obrera Nacional”.

La necesidad de desarrollar un sistema de formación profesional y la ausencia de trabajadores con la suficiente preparación técnica fue una preocupación creciente para los

industriales argentinos a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Esto obedecía por una parte al propio crecimiento industrial, particularmente acelerado desde la década de 1920 y que tenía que responder a transformaciones tecnológicas cada vez más sofisticadas<sup>2</sup>. Por otra parte, tras el final de la Primera Guerra Mundial, como en buena parte del mundo occidental, los trabajadores argentinos desafiaron el orden social existente y la educación profesional podía ser empleada como un instrumento de reimposición de la disciplina social. Sin embargo, los logros de los manufactureros argentinos en este terreno fueron escasos. En el largo plazo, la incapacidad de los industriales para controlar el campo de la educación técnica fue uno de los elementos que hicieron de los manufactureros, incluso en el momento de apogeo de la Argentina industrial, en las décadas de 1940 y 1950, una elite con un consenso social y un reconocimiento inferior al que había gozado la clase terrateniente en su período de esplendor<sup>3</sup>.

Es difícil encontrar a principios del siglo XX intentos de los industriales de organizar la formación técnica de sus trabajadores. La industria no había alcanzado ni la importancia económica ni la sofisticación técnica suficiente para exigir una mano de obra cualificada. Además, los empresarios manufactureros aún estaban construyendo su identidad como grupo y los esfuerzos colectivos eran prácticamente inexistentes<sup>4</sup>. La mayoría de las iniciativas orientadas a la creación de escuelas de formación profesional procedían de esfuerzos individuales de miembros de las clases altas, no necesariamente industriales, preocupados por las consecuencias sociales de la pobreza y la urbanización para la estabilidad política y moral del país. Un ejemplo de ello fue la Sociedad de Educación Industrial, fundada por Norberto Piñero en Flores, un barrio popular de Buenos Aires, en 1900, con el objetivo de dar conocimientos técnicos básicos a jóvenes varones de clase trabajadora<sup>5</sup>.

En 1908, la Sociedad tenía 610 estudiantes matriculados en sus tres escuelas: la escuela para el aprendizaje de electromecánica, escuela de chóferes y escuela nocturna de dibujo para trabajadores. Los jóvenes que acudían a la escuela buscaban trabajo en el dinámico sector servicios de la ciudad más que en el aún incipiente sector industrial. Las escuelas habían obtenido un importante éxito, como demuestra la multiplicación de estudiantes y el aumento del capital invertido a lo largo de su primera década de existencia<sup>6</sup>.

Sin embargo, también en 1908, la Sociedad empezó a pasar por apuros financieros e intentó conseguir fondos públicos para levantar un nuevo edificio para sus escuelas. Las solicitudes de apoyo no fueron oídos por las autoridades. Pro-

<sup>2</sup> Aunque en la década de 1920 el sector agropecuario seguía siendo el centro de la economía argentina, las manufacturas ya crecían de manera más rápida. En 1939 la industria tenía la misma importancia en el producto nacional que el sector primario al que superaría durante la década de 1940. Pablo Gerchunoff y Lucas Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Ariel, 1998, pp. 90 y 142.

<sup>3</sup> Ver sobre los terratenientes: Roy Hora, *Los terratenientes de la pampa argentina: una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

<sup>4</sup> Ver Fernando Rocchi, "Un largo camino a casa: empresarios, trabajadores e identidad industrial en Argentina, 1880-1930", en Juan Suriano (comp.), *La Cuestión Social en Argentina*, Buenos Aires, La Colmena, 2000.

<sup>5</sup> Norberto Piñero abogado, fue profesor de derecho penal, embajador, interventor en la provincia de San Luis en 1896, Ministro de Hacienda en 1906. Es decir, su trayectoria fue más la de un político y académico prototípico del régimen conservador que la de un empresario. Ver su biografía en Diego A. de Santillán (comp.), *Gran Enciclopedia Argentina*, Tomo VI, Buenos Aires, 1960, pp. 411-412.

<sup>6</sup> En 1900 la Sociedad había invertido 7.206 pesos en la fundación de las escuelas. En 1908, el capital ya alcanzaba los 200.000 pesos. Ver *Diario de Sesiones (DS)*, 31 de julio de 1908, p. 775.

bablemente, el tradicional compromiso del gobierno con la educación pública tuvo algo que ver con este rechazo. Así, el diputado que representaba los intereses de los fundadores de las escuelas técnicas enfatizó en su discurso la superioridad de la empresa privada y se quejaba de “los gastos que ocasiona la escuela industrial de la nación”<sup>7</sup>.

A pesar de esta queja, el fundador de la Sociedad de Educación Industrial no pretendía disputar el campo educativo al estado. Piñero desarrolló la idea de la necesidad de industrializar el país tras un período de estudio en Europa y a su regreso creó la mencionada Sociedad. Se convirtió en un defensor a ultranza de la educación técnica, indistintamente de su carácter de pública o privada. De hecho, el gobierno reconoció sus méritos nombrándolo decano de la Escuela Industrial de la Nación. Piñero, como buena parte de la elite conservadora argentina de principios de siglo, no veía demasiados conflictos entre la iniciativa privada y el papel del estado en la educación y el desarrollo técnico.

Como proyecto industrializador, el experimento de Piñero tenía corto alcance. Piñero contaba con el apoyo de la Unión Industrial Argentina (UIA) -la principal asociación de manufactureros del país-, y los industriales participaron en la financiación y dirección de la Sociedad<sup>8</sup>, pero la institución difícilmente puede ser considerada una herramienta de enseñanza técnica a la medida de los propietarios manufactureros. Como se ha mencionado, el éxito de la Sociedad en atraer estudiantes se basaba en ofrecer conocimientos prácticos pero no necesariamente tecnológicos ni orientados hacia el sector manufacturero. En esto, el proyecto de Piñero coincidía con la mayoría de las escuelas técnicas creadas en la época. La mayor parte de las organizaciones preocupadas por este sector de la educación no intentaban animar ningún plan de desarrollo industrial del país. Un buen ejemplo de ello fue el Consejo Nacional de Mujeres fundado también en 1900 y dedicado a múltiples actividades, entre ellas una escuela técnica para mujeres en Buenos Aires. Uno de los objetivos de la escuela, además de impartir ciertos conocimientos técnicos, era enseñar a las mujeres de clase trabajadoras sus deberes como amas de casa. Esta aproximación moral a la educación profesional ocupaba todos los espacios. Incluso grupos feministas, vinculados al partido socialista, impartieron cursos profesionales para mujeres de clase trabajadora con el objetivo de mejorarlas como madres<sup>9</sup>.

El final de la Primera Guerra Mundial sorprendió a las elites argentinas con una oleada de descontento social. En 1919, una huelga iniciada en un importante taller metalúrgico provocó un conflicto reprimido de manera sangrienta, conocido

<sup>7</sup> DS, 31 de julio 1908, p. 774.

<sup>8</sup> Marcela A. Pronko, *Universidades del Trabajo...*, p. 159.

<sup>9</sup> Sandra McGee Deutsch, *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932. The Argentine Patriotic League*, University of Nebraska Press, 1986, pp. 22-23.

como la Semana Trágica<sup>10</sup>. Miembros de las clases altas y oficiales del ejército, preocupados por lo que percibían como falta de autoridad del gobierno para parar la agitación izquierdista, fundaron la Liga Patriótica Argentina con el objetivo de derrotar el movimiento obrero, utilizando la violencia si era preciso<sup>11</sup>. En la década de 1920 la protesta social se apaciguó y la Liga se dedicó a la “pacificación” de los trabajadores a través de mecanismos más sutiles. Inspirados por ideas católicas de armonía social, intentaron cooptar a los trabajadores a través del desarrollo de diversas actividades sociales y prácticas de bienestar. Uno de los instrumentos utilizados en esta estrategia fueron las escuelas profesionales gratuitas creadas por la Liga Patriótica de Señoritas —una sección femenina de la Liga— y destinadas a la educación de las mujeres. Estas escuelas se establecían en fábricas y talleres, siendo la primera la abierta en la planta de la fábrica Bagley de Buenos Aires en 1920<sup>12</sup>. Aunque muchas mujeres obtuvieron beneficios reales y prácticos de las enseñanzas que recibían de las escuelas en las fábricas, el fin de estas clases no era técnico sino moral. La Liga se había establecido el objetivo de “argentinar” la clase trabajadora y creía que había que educar a las mujeres para que ellas transmitieran el mensaje al resto de la familia.

De hecho, la sección masculina de la Liga prestó menos atención a las actividades educativas. Estimuló la creación de Escuelas de Artes y Oficios por todo el país con el objetivo de doblegar cualquier posible resistencia de los trabajadores. Como afirma la historia oficial de una de esas escuelas en el interior del país: “El objetivo inicial era brindar asilo a niños de hogares muy humildes, y a la vez, hacerles valorar el trabajo y el esfuerzo”<sup>13</sup>.

Junto con las enseñanzas técnicas, los estudiantes recibían cursos generales sobre ética y religión. La moralización de las clases populares coincidía con los deseos de los empresarios, pero su organización descentralizada y las rudimentarias técnicas que las escuelas proporcionaban no se ajustaban a las necesidades de los manufactureros. La Escuela de Gualeguachú, en la provincia de Entre Ríos, es un ejemplo significativo de esto. Sin aportes públicos, la escuela se financiaba con los donativos de instituciones locales, como las Damas de Beneficiencia o el Patronato de la Infancia, ambas casas de caridad creadas por las clases altas. Entre las diferentes actividades que acompañaban los cursos estaban los deportes, una banda de música y un grupo de Boy Scouts. La escuela fue un éxito y muchos de sus estudiantes encontraron trabajos en la industria local, particularmente en el frigorífico de Gualeguachú. Sin embargo, el éxito de la iniciativa se relacionaba con

<sup>10</sup> Sobre la Semana Trágica, David Rock, “Lucha civil en la Argentina. La Semana Trágica de enero de 1919”, *Desarrollo Económico*, 11, (1972).

<sup>11</sup> S. McGee Deutsch, *Counterrevolution in Argentina...*, pp. 72 y ss.

<sup>12</sup> S. McGee Deutsch, *Counterrevolution in Argentina...*, p. 157.

<sup>13</sup> Escuela de Educación Técnica n.º 2, “Pbro. José María Colombo”, Gualeguachú. *Evolución histórica*. <http://www.escuelatecnica2.com.ar> [consulta: 9 de septiembre de 2007].

factores ajenos al tipo de conocimientos técnicos que la escuela ofrecía. La escuela ofrecía recursos para jóvenes de las familias más humildes de la región:

Cada alumno tenía una cuenta personal producto de su trabajo, cuyo importe se depositaba en la Caja de ahorro de un Banco para serle entregado al mismo cuando se retirara de la institución (...) Los alumnos recibían la ropa de cama y de trabajo... El prestigio de la Escuela y la posibilidad del internado atrajo alumnos de la zona rural no sólo de Gualeguachú, sino también del resto de la provincia y aún de Chaco, Corriente y Misiones<sup>14</sup>.

El gobierno federal también incrementó su interés por la educación técnica después de la Primera Guerra Mundial. En 1897 las autoridades nacionales habían creado el Departamento Industrial de la Escuela Nacional de Comercio que se convertiría en la Escuela Industrial de la Nación<sup>15</sup>. El primer encargado de dirigir ese Departamento Industrial fue el ingeniero Otto Krause, quien se había interesado por las cuestiones de la enseñanza técnica en sus viajes por Europa. Krause demostró un compromiso tan importante con la formación profesional que en poco tiempo pasó a dirigir la Escuela Industrial que surgió de la separación del Departamento Industrial de la Escuela de Comercio y con posterioridad se le encargó la dirección de todas las escuelas industriales de la República<sup>16</sup>.

A pesar del compromiso de Krause con la institución, los problemas surgieron muy pronto y estaban relacionados con el propio desarrollo industrial argentino. Las expectativas de Krause de formar un grupo de obreros o técnicos cualificados chocaron con los deseos de los propios egresados de la escuela. Entre 1904 y 1906 se sucedieron los conflictos dentro de la Escuela, ya que sus estudiantes intentaron acceder a la Universidad desde la escuela, obteniendo en la carrera de ingeniería (que se encontraba dentro de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales) la convalidación de algunas materias. El problema no tenía que ver tan sólo con el prestigio social que proporcionara la Universidad sino con las dificultades para encontrar una posición razonable en la industria argentina. Los esfuerzos de Krause para disuadir a sus estudiantes de seguir el camino universitario revelan esa debilidad. Así, recordaba un antiguo alumno de la escuela:

Krause intentó oponerse a este movimiento por todos los medios a su alcance; invitaba a los estudiantes de los últimos años y a algunos diplomados para convencerlos de que la actuación en la industria no exigía conocimientos científicos superiores y que con voluntad y decisión en un tiempo, quizá inferior al necesario para obtener el título de Ingeniero en la Universidad, podrían formarse una posición<sup>17</sup>.

<sup>14</sup> Escuela de Educación Técnica n.º 2..., *Evolución Histórica*.

<sup>15</sup> Juan José Gómez Araujo, "Conferencia en el Instituto Popular de Conferencias, 27 de julio de 1937", en J. J. Gómez Araujo, *Aprendizaje y Educación. Problemas de la formación de la juventud moderna*, Buenos Aires, El Ateneo, 1945, p. 73.

<sup>16</sup> *La Ingeniería*, (Buenos Aires, diciembre 1926), pp. 650-651.

Las salidas profesionales que los estudiantes buscaban en la Universidad no estaban en la industria sino en el estado, en los ferrocarriles o las obras públicas. Esta desconexión entre manufacturas y Escuela Industrial se trató de cerrar con mejoras en la enseñanza técnica. En 1914 el gobierno reformó el currículo de la disciplina de química y adoptó una línea más práctica para todo el sistema: "más en armonía con las necesidades actuales de la industria"<sup>18</sup>. Sin embargo, la reforma se enfrentaba a importantes obstáculos, entre ellos la escasez de recursos para adquirir el sofisticado material necesario para el tipo de aprendizaje avanzado que se ofrecía.

Los administradores y profesores de la institución se quejaban de la falta de apoyo del Ministerio y de la imposibilidad de comprar en el mercado nacional los productos que necesitaban debido a sus elevados precios o su inexistencia: "Como será difícil que durante el corriente año se mejore la situación de la plaza...tiene esta Dirección el propósito de adquirir directamente en Europa los productos químicos, útiles e instrumentos [...] que se necesiten para el próximo curso, con lo cual se logrará una apreciable economía"<sup>19</sup>.

Los problemas para hacer funcionar la institución afectaban a su relación con la industria. El tipo de educación ofrecido en la Escuela Industrial no estaba adaptada a las necesidades de la industria argentina de aquellos años. El objetivo de la Escuela era formar técnicos capacitados entre los hijos de las clases medias más que mejorar la preparación de los trabajadores. El conocimiento que proveía la institución iba más allá de lo que necesitaba la industria de Buenos Aires. En 1919 los alumnos más adelantados de los cursos de química de la Escuela realizaron un "viaje de campo" que tuvo como destino no las plantas manufactureras de la capital sino el interior. Sólo allí era posible encontrar una industria que requería amplios conocimientos de química: la producción azucarera de la provincia de Tucumán y la Refinería Argentina de Rosario.<sup>20</sup>

Entrada la década de 1920, ya bajo los gobiernos del partido radical, los problemas persistían. En 1926, en un acto homenaje a Otto Krause, el director de la Escuela Industrial, el también ingeniero Eduardo Latzina y otras autoridades alabaron los logros alcanzados hasta ese momento. Entre ellos se señalaba que la Escuela acogía a 1.200 alumnos matriculados o el éxito de los cursos nocturnos para obreros. A pesar de que el homenaje llevaba implícito la idea de la celebración, el tono general de las intervenciones era pesimista y las quejas dejaron en sordina a los éxitos. Latzina hizo hincapié en lo que aún faltaba por realizar. Si Argentina quería ser una nación desarro-

<sup>17</sup> *La Ingeniería*, (dic. 1926), p. 656.

<sup>18</sup> Escuela Industrial de la Nación (Capital Federal), *Extracto de la memoria correspondiente al año escolar de 1919. Elevada al Ministerio de Justicia e Instrucción Pública*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos, L. J. Rosso y Cía., 1922, p. 3.

<sup>19</sup> Escuela Industrial de la Nación (Capital Federal), *Extracto de la memoria...*, p. 6.

<sup>20</sup> Escuela Industrial de la Nación (Capital Federal), *Extracto de la memoria...*, p. 16.

llada industrialmente la Escuela debía iniciar la enseñanza de cursos sobre fabricación de acero y fundición de metal, para sentar las bases de la producción mecánica y de la construcción de maquinaria. Eso implicaba mayores inversiones públicas, entre ellas nuevas instalaciones.

El mensaje iba dirigido a un estado que desatendía, según estos ingenieros, las necesidades de educación técnica del país<sup>21</sup>. Por ejemplo, de toda la red de inspectores del sistema educativo secundario, sólo dos se dedicaban a la enseñanza industrial y a las Escuelas de Artes y Oficios, y estaban encargados de viajar por todo el país atendiendo las necesidades de estas escuelas. Los participantes en el homenaje a Krause pedían que el sistema de educación técnica fuera independizado “por completo de la llamada enseñanza secundaria, creando un organismo central director formado de hombres competentes, de actuación profesional e industrial, en el que convendría dar participación a dirigentes de la industria nacional”<sup>22</sup>. Además, la enseñanza técnica debía ganar relevancia y autonomía. Los ingenieros se quejaban de una tendencia creciente entre las escuelas industriales a incorporarse a las Universidad amparándose en la figura de “escuelas anexas”. Esto demostraba el deseo de los estudiantes de proseguir estudios de ingeniería antes que formarse como técnicos para trabajar en la industria nacional. Los propios estudiantes de la Escuela Industrial de Buenos Aires seguían prefiriendo la vinculación con la Universidad, y contrariando los deseos de sus profesores, en 1927 solicitaban al Congreso su anexión a la Universidad de Buenos Aires<sup>23</sup>.

Los ingenieros se hicieron eco, en estos años, de las nuevas ideas económicas que hacían de la industria la base del futuro de la nación. No en vano, el principal impulsor de esa idea industrialista era un ingeniero de formación, Alejandro Bunge<sup>24</sup>. Las palabras con las que Latzina culminaba su discurso enfatizaban ese papel central que les tocaba a los técnicos y a sus formadores en la futura Argentina industrial y recordaban muchos de los discursos de Bunge, incluyendo la idea clave de la independencia económica:

<sup>21</sup> *La Ingeniería*, (dic. 1926), p. 653.

<sup>22</sup> *La Ingeniería*, (dic. 1926), p. 656.

<sup>23</sup> *La Ingeniería* (feb. 1927), p. 109.

<sup>24</sup> Sobre Bunge ver: Jorge F. Pantaleón, “El surgimiento de la nueva economía argentina: el caso Bunge”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos: la construcción del conocimiento social en Argentina*, Buenos Aires, 2004.

En esta época en que más necesita el país de una independencia económica y en que se reconoce la conveniencia de desviar hacia las carreras industriales buena parte de la juventud que afluye a la universidad, no deben faltar puestos en las escuelas como ésta... Es el trabajo el que fortifica las costumbres, crea las virtudes y da bienestar al pueblo. Es el trabajo colectivo el que da vigor al Estado y hace respetable el nombre de una nación. Es de la industria y del trabajo que surgen las fortunas honorables, las fortunas que lenta y penosamente adquiridas deben cuidarse con fervor en las familias<sup>25</sup>.

En buena medida, los responsables de la Escuela Industrial estaban en lo cierto. La política del gobierno Radical siguió líneas similares a las concebidas por la Liga Patriótica. Durante las presidencias de Hipólito Yrigoyen (1916-1922) y Marcelo Alvear (1922-1928), el Ministerio de Educación aumentó el número de Escuelas de Artes y Oficios en el interior y abrió algunas escuelas para la capacitación de mujeres<sup>26</sup>. El objetivo del sistema era completar la red de escuelas nacionales y ofrecer servicios estatales en muchas partes de la república en las que la mano del estado aún no se percibía de manera clara. Sin embargo, como un sistema de estímulo al desarrollo de la industria nacional, las Escuelas de Artes y Oficios presentaban muchas desventajas, entre ellas, su situación alejada del principal núcleo industrial del país, en Buenos Aires.

Los ingenieros no sólo se quejaban de la desatención estatal. A partir de las décadas de 1920 comenzaron también a criticar la actitud de los industriales hacia la cuestión de la educación técnica y en última instancia hacia el propio desarrollo económico del país: "Las asociaciones industriales están minadas, frecuentemente, por egoísmos y recelos de sus componentes y gran parte del esfuerzo colectivo que realizan tiende más bien a obtener el favor fiscal, mediante una política de proteccionismo exagerado, en lugar de dirigirse hacia el perfeccionamiento de los medios de producción y hacia la organización económica"<sup>27</sup>. Los empresarios habían demostrado hasta ese momento "prejuicios" hacia la Escuela Industrial, probablemente, aunque esto era algo que los ingenieros no reconocían, porque no veían demasiada utilidad en las enseñanzas que allí se impartían. Para superar esos prejuicios, los ingenieros pedían a los industriales argentinos su participación en la organización de las escuelas industriales y "hasta el apoyo material de la misma"<sup>28</sup>.

## 2. La recepción de las teorías "racionalizadoras"

¿Qué papel desempeñaron los industriales argentinos en el desarrollo de la educación profesional durante la década de 1920? Esos fueron años de cambios significativos en el sector industrial. Los manufactureros reforzaron su posición dentro de las elites económicas argentinas y la producción industrial aumentó su contribución a la riqueza nacional<sup>29</sup>. En todo el mundo, el éxito del capitalismo estadounidense llevó a imitar sus métodos. Los procesos de racionalización técnica conocidos como "taylorismo" y "fordismo" influyeron en los discursos

<sup>25</sup> *La Ingeniería* (dic. 1926), p. 653.

<sup>26</sup> J. J. Gómez Araujo, "Conferencia en el Instituto Popular...", p. 74.

<sup>27</sup> *La Ingeniería* (dic. 1926), p. 655.

<sup>28</sup> *La Ingeniería*, (dic. 1926), p. 656.

tos y las prácticas de industriales, políticos y sindicatos en toda Europa y en países de América Latina como en Brasil<sup>30</sup>.

En Argentina, sin embargo, la difusión de las ideas tayloristas y de racionalización del trabajo entre los empresarios industriales fue particularmente lenta e incompleta. La Asociación del Trabajo, una organización patronal creada al mismo tiempo que la Liga Patriótica y con objetivos similares, publicaba en su *Boletín* trabajos estadounidenses y europeos sobre las ideas de Taylor. Sin embargo, el éxito de su prédica fue limitado<sup>31</sup>. Los métodos tayloristas sólo fueron empleados con asiduidad por las grandes industrias exportadoras, mientras que la mayoría de empresarios parecía confiar más en el empleo del paternalismo con sus obreros que en la racionalización "científica"<sup>32</sup>. Como ha señalado Fernando Rocchi, después de una década de propaganda de las virtudes del Taylorismo, en 1932, la firma textil GRAFA introducía el método como una completa novedad en el país<sup>33</sup>.

La falta de interés en los nuevos métodos del "capitalismo científico" contrastaba con la admiración que tradicionalmente los empresarios argentinos habían sentido por el modelo estadounidense. Sin embargo esto no quiere decir que los empleadores no estuvieran interesados en las habilidades técnicas de sus empleados. Es verdad que hasta hacía poco la industria argentina no había necesitado de conocimientos muy sofisticados y que era relativamente fácil y frecuente recurrir a la contratación de técnicos extranjeros<sup>34</sup>. Pero esto empezó a cambiar a partir de la década de 1920 con la masiva importación de bienes de capital<sup>35</sup>. Además, como se ha señalado, algunas grandes empresas impartían cursos en sus instalaciones, en muchos casos con el apoyo de la Liga Patriótica o de otras organizaciones políticas de derechas.

No obstante, aunque este sistema no satisfacía por completo las necesidades del sector manufacturero, los industriales fueron incapaces de establecer una alternativa mejor. De hecho, la mayoría de industriales estaba convencida de que ésa era una obligación del estado y en muchos casos pedían al gobierno la intervención al respecto. Diferentes asociaciones de industriales solicitaron al estado la creación de escuelas de formación profesional, pero en lugar de ello obtenían lo que entendía como políticas sociales hostiles. Por ejemplo, la asociación de fabricantes de zapatos criticaba la política laboral del gobierno radical en 1924 afirmando:

En 1924 se dictó la ley 11.317, reglamentaria del trabajo de las mujeres y de los menores, reduciéndose a seis horas diarias sus faenas en la industria y el comercio. Efectos lamentables produjo la referida li-

<sup>29</sup> Mientras que el sector rural redujo su participación en el PIB del 29,9% en 1920 al 21,4 en 1930, las manufacturas elevaron su participación a la riqueza nacional del 15,5 al 18,6% en esas mismas fechas. Pablo Gerchunoff and Lucas Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Ariel, 1998, p. 90.

<sup>30</sup> Para el caso europeo, ver Charles S. Maier, "Between Taylorism and Technocracy: European Ideologies and the Vision of Industrial Productivity in the 1920s", *Journal of Contemporary History*, vol. 5, (1970). Para el caso brasileño ver: Barbara Weinstein, *For Social Peace in Brazil: Industrialists and the Remaking of the Working Class in São Paulo, 1920-1964*, The University of North Carolina Press, 1996, capítulo 1.

<sup>31</sup> María Ester Rapalo, "De la Asociación del Trabajo a la Revista Criterio: encuentros entre propietarios e ideólogos, 1919-1929", en *La Derecha Argentina. Nacionalistas, Neoliberales, Militares y Clericales*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2001.

<sup>32</sup> Mirta Zaida Lobato, 'El Taylorismo' en la gran industria exportadora argentina: 1907-1945, Buenos Aires, CEAL, 1988. El ejemplo clásico de aplicación del taylorismo y de racionalización del tiempo de trabajo fueron los frigoríficos estadounidenses, Armour y Swift, en Berisso, Buenos Aires. Ver: M. Z. Lobato, *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Buenos Aires, 2001, pp. 97 y ss.

<sup>33</sup> F. Rocchi, "Un largo camino a casa...", p. 188.

<sup>34</sup> Juan Carlos Tedesco, *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*, Buenos Aires, 1986, y P. Pineau, *Sindicatos...*, p. 83.

<sup>35</sup> Roberto Cortés Conde, *La economía argentina en el largo plazo (Siglos XIX y XX)*, Buenos Aires, 1994, pp. 215-218.

mitación... Para proteger auténticamente a la adolescencia era menester precaver los escollos y organizar el aprendizaje profesional. [...] La delincuencia infantil, con respecto a los menores de 18 años, creció de manera alarmante... La modificación condujo a la juventud en los años propicios para el aprendizaje, hacia la ociosidad, estado favorable para adquirir vicios, malas costumbres y enfermedades de corregir y curar más tarde<sup>36</sup>.

Como demuestra esta cita, los industriales argentinos valoraban el aprendizaje industrial no sólo por su capacidad para mejorar la capacidad técnica de los trabajadores, sino también como un instrumento de control de los mismos. Sin embargo, fueron incapaces o no quisieron lanzar un programa completo y coherente de formación técnica. No obstante, la falta de voluntad no debe considerarse la única causa. Los conflictos intermitentes con el estado debieron desalentar a los empresarios. El mencionado conflicto entre los "zapateros" y el gobierno radical es un ejemplo de esta tensión. En ocasiones, empero, los industriales obtenían algunos éxitos. Bajo los auspicios de la UIA el gobierno nacional fundó en 1927 Comisión Asesora de Enseñanza Industrial y nombró un Inspector de Escuelas de Artes y Oficios con el objetivo de ajustar los diferentes currículos a las necesidades de la industria<sup>37</sup>. Pero el éxito tenía límites claros. Al parecer los logros de la Comisión Asesora fueron escasos<sup>38</sup> y, en todo caso, demostraba que las iniciativas industriales dependían de la acción estatal para llevarse a cabo.

Los que recibieron con más entusiasmo las nuevas ideas de racionalización del tiempo de trabajo fueron los ingenieros. Esto no es casualidad. La prédica fordista prometía una sociedad dirigida por los ingenieros. Desde finales de la década de 1920 y durante toda la década de 1930, la revista de los ingenieros argentinos, *La Ingeniería*, le dedicó abundantes artículos, propios y traducidos, a las cuestiones de control de los ritmos de trabajo, estandarización, pago de salarios de acuerdo a productividad y todos los tropos familiares al lenguaje fordista y taylorista, destacando entre ellos el papel de los ingenieros como árbitros neutrales del conflicto social y líderes naturales de una sociedad tecnológica<sup>39</sup>.

Lo interesante del caso argentino es que la apuesta de los ingenieros por la "racionalización" no era el resultado de la necesidad de legitimar una posición social preeminente sino más bien la expresión de una frustración. Como se lamentaba un ingeniero: "la ingeniería argentina es hoy la cenicienta de las profesiones liberales; económicamente mal retribuida y como factor social casi no tenida en cuenta"<sup>40</sup>. Esta frustración corporativa, como se señalará más adelante, pudo influir en la re-

<sup>36</sup> Felipe Fortunato Delrío, *Después de la Ojota. El Calzado. Ojeada histórica universal. Origen, evolución y comercialización en la República Argentina. Diccionario zapateril*, Buenos Aires, Álvarez Hermanos, 1949, pp. 226-27.

<sup>37</sup> J. J. Gómez Araujo, "Conferencia en el Instituto Popular...", pp. 74-5.

<sup>38</sup> J. J. Gómez Araujo, "Conferencia en el Instituto Popular...", p. 75.

<sup>39</sup> Sin ánimo de ser exhaustivos, se pueden mencionar entre otros Adolfo Múgica, "Misión de la Ingeniería Argentina". Conferencia pronunciada en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales el 19 de Agosto de 1926, *La Ingeniería*, (abril 1928); Emilio Dickmann, "La fijación de los salarios en la Organización Científica del Trabajo", *La Ingeniería*. (noviembre 1929); Emilio Dickmann, "Las consecuencias económicas de la racionalización", *La Ingeniería*, (agosto 1931); Conrado R. Kiernan, "Las altas funciones públicas o directivas y la técnica nacional", *La Ingeniería*, (diciembre 1931) o Raúl Carballo, "Tecnocracia", *La Ingeniería*, (septiembre 1933). El tema centró la atención de la publicación hasta por lo menos mediada la década de 1940. Ver por ejemplo: "Como hemos 'taylorizado' nuestro taller mecánico", *La Ingeniería*, (octubre 1944).

acción negativa de los representantes de los ingenieros a la creación de la Universidad Obrera Nacional. En parte, la incapacidad de los ingenieros para ocupar el lugar que creían merecer era el fruto de la estructura económica del país, de la ausencia de una industria más avanzada:

Deseo manifestar que no es posible ni justo, que el ingeniero argentino, cuya profesión no puede desarrollarse independientemente, sólo tenga que recurrir a ser empleado a sueldo de la Nación, no; amplio campo hay para la aplicación de sus conocimientos, y es hora ya de activar y dirigir al país por la senda que este tiene trazada y que es el desarrollo<sup>41</sup>

Esa estructura económica no era el resultado de profundas e inmutables fuerzas sino de la negligencia de ciertos actores. En primer lugar de los propios ingenieros que no habían sabido defender sus intereses: "Nuestra Facultad de Ingeniería, ha vivido y vive dentro de su torre de marfil. No se ha preocupado poco ni mucho de la suerte de sus egresados"<sup>42</sup>. En segundo lugar y en lo que se hacía más énfasis, los propios manufactureros argentinos eran los principales responsables del atraso del desarrollo industrial de la nación. Resulta significativo que en las páginas de *La Ingeniería* aparecieran algunas de las críticas más duras que en las décadas de 1920 y 1930 pudieron leerse hacia los propietarios industriales en Argentina. Se acusaba a los manufactureros de su incapacidad para actuar como un grupo unido o su obsesión con el arancel descuidando los aspectos técnicos<sup>43</sup>. Pero el principal defecto de los industriales era su empirismo, la ausencia de organización científica de la producción y su desconfianza de los ingenieros, los conocedores de ese método científico que debía elevar la industria argentina al lugar que le correspondía:

lo que acontece entre nosotros no sucede en los países europeos más industriados tales como Bélgica, Alemania, Francia... en donde los propietarios de pequeñas fábricas recurren a la consulta, consejo y experiencia de los profesionales, para un cambio o modificación de sus explotaciones, y no al asesoramiento de personas sin ningún conocimiento ni noción en lo que se refiere a economía de energía, buena disposición de transmisiones, orientación e instalación de máquinas, etc. Es doloroso ver cuanta confianza depositan muchos industriales en sus pomposamente llamados 'jefes de taller', 'jefes de instalaciones eléctricas' [...]

Estos industriales, que sin titubeos recurren a las luces del 'médico' y no a las del 'curandero', que alcanzan la diferencia que va de uno a otro, es curioso no lleguen a comprender lo ilógico de su proceder cuando para los males de su fábrica solicitan al 'curandero mecánico' olvidándose del 'ingeniero'<sup>44</sup>

<sup>40</sup> Adolfo Múgica, "Misión de la ingeniería argentina", p. 171.

<sup>41</sup> José Luis Arrigoni Ciceri, "El ingeniero argentino ante las empresas extranjeras", *La Ingeniería*, (febrero 1927), p. 84.

<sup>42</sup> A. Múgica, "Misión de la ingeniería...", p. 172.

<sup>43</sup> *La Ingeniería*, (diciembre 1926), p. 655.

Esta desconexión entre los industriales y los ingenieros tenía consecuencias importantes para la educación técnica de los obreros. Si los ingenieros deseaban llevar a cabo sus proyectos tenían que hacerlo dentro del marco que le ofrecía el sistema educativo estatal, ajenos a fábricas y talleres. Además, la falta de liderazgo de los ingenieros del sector industrial argentino sin duda contribuyó a la débil penetración de las ideas "tayloristas" en la Argentina y al mismo tiempo a la incapacidad de los empresarios industriales para mostrarse como los poseedores del conocimiento más avanzado. La comparación obvia para los ingenieros era el vecino Brasil, "donde el ingeniero está admirablemente considerado"<sup>45</sup>.

Irónicamente, el taylorismo, la racionalización del trabajo y las enseñanzas técnicas atrajeron también a los grupos de izquierda e incluso a los propios trabajadores. El periódico socialista *La Vanguardia* publicó varios artículos comentando las ventajas del nuevo sistema de racionalización importado de Estados Unidos. El socialista Germinal Rodríguez afirmaba: "La organización científica de la industria es un problema básico para el socialismo, ya que en el fondo económico, el socialismo más que un problema de 'repartición' es un problema de 'producción'. El rendimiento actual de supervalía, distribuido entre los obreros no bastaría para darles a ellos un salario doble del que actualmente perciben: para obtener más bienestar habrá, pues, que producir más"<sup>46</sup>. El énfasis de Rodríguez en la "producción" más que en la "distribución" le unían a los distintos experimentos y utopías de entreguerras que intentaban superar la "lucha de clases" y contribuir a la creación de una sociedad armónica.

Esto podría ser interpretado como una prueba de la moderación del partido socialista argentino. Sin embargo, las consecuencias y los orígenes de estas ideas son muy complejas. En el mismo artículo, el autor introducía algunos matices a su argumentación. En primer lugar, criticaba el intento de los trabajadores en algunas partes de Europa de tomar las fábricas: "Hacer la tentativa de Milán, de apoderarse de las usinas, sería tarea fácil; pero hay una diferencia fundamental entre el burgués terrateniente que detenta la tierra que produce aún en su ausencia, de la del burgués industrial que obtiene el adelanto de su industria, no tanto por la obra de explotación, como por la obra de una mejor organización"<sup>47</sup>. Rodríguez estaba leyendo la situación europea a través de la lente argentina. Para los socialistas del país sudamericano, Argentina se caracterizaba por una estructura social coronada por un rico grupo terrateniente cuyos principales ingresos eran rentas y no "modernos" beneficios capitalistas. En este

<sup>44</sup> "Nuestras explotaciones industriales", *La Ingeniería*, (marzo 1927), p. 143.

<sup>45</sup> A. Múgica, "Misión de la ingeniería...", p. 173. Sobre el papel de los ingenieros como líderes de un proyecto industrial y al mismo tiempo de "reeducación" de los obreros y control social véase los trabajos mencionados de Maier y Weinstein. El caso de Brasil, tan cercano a la Argentina, irremediamente representaba un espejo en el que mirarse. Roberto Simonsen, un importante ingeniero e industrial, fue uno de los introductores de las ideologías de "racionalización del trabajo" en el país. En 1931 fundó el Instituto para la Organización Racional del Trabajo que pasó a dirigir Armando Sales de Oliveira, industrial y también ingeniero como Simonsen. En 1944 Simonsen accedió a la presidencia de la Confederación Nacional de la Industria, la más importante de las asociaciones patronales brasileñas. (Ver: Joseph Love, *Crafting the Third World. Theorizing Underdevelopment in Rumania and Brazil*, Stanford, 1996, pp. 145 y 149). Simonsen y los industriales que le rodeaban fueron los impulsores del programa de aprendizaje industrial para obreros, con apoyo estatal, pero controlado por los empresarios que se desarrolló en Brasil. (Ver: B. Weinstein, *For Social Peace in Brazil...*, pp. 17 y ss.). Los ingenieros argentinos, a pesar de sus contactos con la industria, no alcanzaron tal grado de influencia.

<sup>46</sup> *La Vanguardia*, 1-5-1923, p. 20.

sentido, la apelación a la racionalización del trabajo no dejaba de tener sus aspectos subversivos.

El artículo añadía un importante comentario: “Aspirando el socialismo a dirigir por tutela colectiva los grandes medios de producción y de cambio, está obligado a estudiar las condiciones científicas que debe tener una buena organización industrial. Para ello nada mejor que el ejemplo de la alta industria norteamericana de los últimos treinta años”<sup>48</sup>. Sin embargo, la preocupación socialista por las ideas de Taylor no tenía un origen estadounidense sino alemán. Durante la década de 1920, la Socialdemocracia alemana (SPD) discutió ampliamente las nociones de taylorismo y planificación industrial. Para ellos, la racionalización industrial llevaría a un aumento de la productividad y en consecuencia a un pago más rápido de las pesadas deudas de guerra. Además, los métodos tayloristas abrían nuevas posibilidades a la clase obrera para acceder a profesiones y oficios gracias a la introducción del criterio de capacidad técnica y la eliminación de los sistemas tradicionales, clasistas, de selección del personal y de organización jerárquica del mundo del trabajo. No obstante, el SPD no desconocía los límites del taylorismo para su proyecto: la racionalización industrial sólo era útil si los socialistas controlaban los resortes de poder<sup>49</sup>.

Los socialistas argentinos trasladaron a su propia realidad buena parte del debate alemán. De hecho, *La Vanguardia* reprodujo varios artículos sobre racionalización del tiempo de trabajo en la industria, publicados previamente en el *Vorwärts*, el periódico del SPD<sup>50</sup>. El Partido Socialista argentino redefinió el concepto de “racionalización” en la industria para subrayar las “irracionalidades” del capitalismo como sistema de producción. Además, los socialistas argentinos eran tan conscientes como los alemanes de las consecuencias del taylorismo para las relaciones de poder. El mencionado Germinal Rodríguez afirmaba: “Este sistema (Taylorism) tiene ventajas evidentes, y estudiarlo es descubrir el secreto del engrandecimiento industrial de los Estados Unidos: él abarata los artículos y coloca en la mano de cada hombre mayor salario al disponer de más mercancía. Pero no habiendo una organización colectiva o social que determine una pauta en el uso del trabajo, ese sistema puede convertirse en el ‘suveylon-system’ (sic), es decir, el sistema de hacer sudar”<sup>51</sup>.

Los socialistas argentinos usaron las teorías de la “racionalización” para criticar a los empresarios nacionales. El énfasis en la productividad y en las mejoras técnicas para reducir los precios de los artículos de consumo para las clases populares subrayaba los problemas de eficiencia de la industria nacional e implícitamente era un ataque a las altas tasas aduaneras

<sup>47</sup> *La Vanguardia*, 1-5-1923, p. 20.

<sup>48</sup> *La Vanguardia*, 1-5-1923, p. 20.

<sup>49</sup> Una fascinante discusión de estos temas se encuentra en C. S. Maier, “Between Taylorism and Technocracy...” pp. 48 et ss.

<sup>50</sup> Por ejemplo: “La producción irracional...” reproducido en *La Vanguardia*, 17-6-1923, p. 2.

<sup>51</sup> *La Vanguardia*, 1-5-1923, p. 20.

que protegían la industria argentina, un tema habitual de la retórica socialista. Pero además, los socialistas denunciaban la falta de interés de los gobiernos nacionales y de los empresarios industriales en ofrecer a los trabajadores la adecuada formación. *La Vanguardia* comparaba el compromiso de algunos empresarios extranjeros con la falta de voluntad de los patrones argentinos para ofrecer la necesaria instrucción o para permitir a los trabajadores que la adquirieran en otro lugar<sup>52</sup>.

¿Compartían los trabajadores el entusiasmo del Partido Socialista por las ideologías de racionalización y avance tecnológico? ¿Cuál era su posición frente a las cuestiones de aprendizaje técnico? Es difícil establecer una respuesta definitiva, pero algunas pistas indican la actitud de los obreros. Como se ha mencionado, el número de estudiantes y escuelas dedicadas a la enseñanza técnica se multiplicó durante las primeras décadas del siglo XX. Desde principios de siglo, los sindicatos, socialistas y anarquistas, ofrecían cursos de formación profesional, aparentemente con buena aceptación. En 1920, los líderes reformistas del movimiento estudiantil de la Universidad de Buenos Aires, como parte de una política de aproximación a la clase obrera, iniciaron el desarrollo de cursos de extensión universitaria para los trabajadores de la ciudad. La mayoría de estos cursos estaban dedicados a cuestiones políticas y muy pronto los trabajadores perdieron el interés por ellos. La ausencia de cuestiones prácticas o técnicas pudo haber sido la razón para el fracaso<sup>53</sup>.

El interés de los trabajadores por el aprendizaje técnico ha quedado demostrado también por el compromiso de algunos sindicatos de la elite obrera, como La Fraternidad y la Unión Ferroviaria en desarrollar una red de educación técnica. Desde finales del siglo XIX La Fraternidad abrió escuelas para fogoneros con el objetivo de que superaran sus pruebas para maquinistas. En 1929, la Unión Ferroviaria tenía al menos 64 escuelas y en 1943 La Fraternidad alcanzaba las 220<sup>54</sup>. El objetivo de las escuelas no era sólo ofrecer a los trabajadores unos conocimientos técnicos que les permitieran mejorar su posición dentro de la empresa sino también una formación política que les permitiera defender mejor sus intereses. Los sindicatos, como los manufactureros, entendían claramente que la educación técnica podía ser un canal de movilización —o apaciguamiento—, así que las escuelas gremiales incluían habitualmente cursos sobre sindicalismo<sup>55</sup>.

El interés de los sindicatos por la enseñanza técnica no se limitó a los ferroviarios, aunque es difícil establecer su alcance. En todo caso, a partir de mediados de la década de 1930, como ha señalado Pablo Pineau, la CGT (Confederación General del

<sup>52</sup> *La Vanguardia*, 6-6-1923, p. 5, 27-7-1923, p. 4 o 21-8-1923, p. 5.

<sup>53</sup> Richard J. Walter, *Student Politics in Argentina. The University Reform and Its Effects, 1918-1964*, New York, 1968, p. 75.

<sup>54</sup> Pineau, *Sindicatos...*, pp. 60 y 79. No obstante, no se puede extrapolar la intensa actividad educativa llevada a cabo por los ferroviarios a otros gremios. Sobre la caracterización de estos sindicatos como elites ver: Joel Horowitz, "Los trabajadores ferroviarios en la Argentina (1920-1943). La formación de una elite obrera", *Desarrollo Económico*, vol, 25, nº 99, (octubre-diciembre 1985).

Trabajo, federación que agrupaba a los principales sindicatos del país) renovó su impulso a la educación técnica e incluyó entre sus proyectos el de la creación de una Universidad Obrera “destinada a la capacitación técnica y cultural de la clase trabajadora”<sup>56</sup>. El interés por la educación técnica y la voluntad de crear una Universidad Obrera respondía por una parte a los conflictos tradicionales con los patronos. Así, en el *Boletín* de la CGT de 1 de mayo de 1943 se criticaba los sistemas tradicionales empleados por los empresarios: “Esta educación técnica no podrá realizarse mediante el superado método de aprendizaje en el taller, o en las llamadas escuelas de fábrica, cuyo objeto está limitado por la finalidad de preparar a los obreros de acuerdo con los intereses particulares de cada caso”<sup>57</sup>. Pero por otra parte, las ideas sobre aprendizaje técnico de los sindicatos empezaban a preocuparse por un determinado modelo de desarrollo económico para la Argentina. La educación técnica era una necesidad nacional: “Las nuevas dimensiones del proceso de industrialización determinan la formación de una conciencia clara sobre la necesidad de propender a la educación de obreros calificados y el desenvolvimiento de la enseñanza técnica en todos sus aspectos”<sup>58</sup>.

El testimonio de Doña María Roldán, (trabajadora de uno de los frigoríficos de Berisso, en la provincia de Buenos Aires) recogido en el excelente libro de Daniel James, aporta también algunas pistas en este terreno. Hay que recordar que los frigoríficos fueron uno de los pocos sectores que introdujeron avanzadas técnicas tayloristas en la industria argentina. Los resultados de esa introducción no fueron interpretados de manera totalmente negativa por los trabajadores, aunque fuera porque aliviaba la dureza de las tareas en la planta. Como afirmaba Doña María:

Después ya vinieron las norias, y la res, que antes la colgaban dos o tres hombres, la mitad del animal así en el gancho, ya lo hacía la máquina. ¿Se da cuenta?, cuando el despostador ya cortaba ese pedazo que pesaba veinte o treinta kilos, lo alzaba la máquina, cuando había que llevar un pedazo así a la otra punta, pasaba una cosa así, una máquina y lo llevaba a la otra punta, ya no era trabajo del hombre sino de la máquina.

[...]

Con la noria eléctrica el trabajo fue un poco más liviano, un poco más humano<sup>59</sup>.

Esto no significaba idealizar el trabajo en el frigorífico ni la racionalización productivista. Las jornadas seguían siendo extenuantes y el trabajo peligroso: “Nosotros trabajábamos con el sistema estándar, en los frigoríficos. Existió como quien dice

<sup>55</sup> Pineau, *Sindicatos...*, p. 42.

<sup>56</sup> Resolución del Primer Congreso Ordinario Confederal de la CGT, citado por Pineau, *Sindicatos...*, p. 71.

<sup>57</sup> *Boletín CGT*, 1 de mayo de 1943, p. 7.

<sup>58</sup> *Boletín CGT*, 1 de mayo de 1943, p. 7.

<sup>59</sup> Daniel James, *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*, Buenos Aires, 2004, p. 50 y p. 90.

la limosna que le da el rico al pobre o el poderoso al menestero. Había premios al que hacía más kilos o más trabajo [...] Porque el hombre tenía que ir también al ritmo de la noria, que sigue trayendo carne. Y entonces se le amontona y llega el momento en que uno de los superiores tiene que parar la noria porque está ahogado de carne, 'hay empacho'"<sup>60</sup>.

Lo que más interesaba a Doña María de la educación técnica, y probablemente a buena parte de los trabajadores industriales, era una concepción más amplia de la educación que les daba acceso a otras formas de vida: "Nosotros por lo menos, y todas las familias que yo traté y conocí, que conocí muchas, el sueño era enseñarles un oficio para llevarlos a la universidad, claro que si el chico quería ser aviador era otra cosa, pero no, al contrario, mi esposo decía: 'Ojalá a mis hijos no les toque entrar a un frigorífico', que no entraran"<sup>61</sup>.

Doña María es un caso no generalizable de trabajador politizado, pero sus ideas bien pudieron ser compartidas por muchos obreros industriales argentinos. El Partido Socialista y los sindicatos otorgaban a la educación técnica un papel central en el proceso de emancipación del trabajador. Ese proceso para los sindicatos culminaba en la creación de universidades obreras. En el caso de Doña María, el aprendizaje técnico no sólo debía servir para realizar bien el trabajo, sino también para acceder a la universidad —sin el adjetivo "obrero" — es decir, al ascenso social.

La educación técnica tenía así un especial significado para los trabajadores y para sus representantes. Incluso algunos sindicatos intentaron desarrollar una red de escuelas técnicas y crear una universidad obrera. Sus logros son difíciles de medir, ya que en muchos casos se hicieron con pocos medios, entre gremios de elite, y sin apoyo del estado (por necesidad o voluntad). Para los manufactureros también resultaba importante la mejora de los conocimientos técnicos de su mano de obra. Sin embargo, los industriales no avanzaron mucho en este terreno más allá de iniciativas individuales. Hasta la década de 1920, las necesidades de técnicos preparados en la industria argentina eran escasas y en muchas ocasiones se cubrían con expertos extranjeros. Sin embargo a partir de esos años la necesidad de personal cualificado incrementó. En ocasiones, los manufactureros reclamaron la intervención estatal en este campo. Esto tenía que ver con la posición que el estado argentino había adquirido en la educación nacional desde el siglo XIX. El estado no se mostró demasiado activo en este terreno. Sin embargo, la presencia de un actor tan poderoso en un terreno tan sensible como la formación de trabajadores podía suscitar temores más que solucionar problemas.

<sup>60</sup> D. James, *Doña María...*, p. 57.

<sup>61</sup> D. James, *Doña María...*, p. 52.

3. *La nueva ideología educativa, la afirmación del estado y los orígenes de la Universidad Obrera Nacional (1930-1952)*

La década de 1930 cambió el escenario para los empresarios industriales. El golpe de 1930 instauró a una coalición conservadora en el poder que mostró más simpatías hacia las peticiones de las elites económicas que los anteriores gobiernos radicales. Además, las políticas de emergencia puestas en marcha para hacer frente a la depresión económica incrementaron el proteccionismo e impulsaron el crecimiento del sector manufacturero, que se convirtió en la actividad económica más importante en el país. Con una economía cerrada y protegida, las mejoras técnicas no fueron la principal preocupación de empresarios y políticos y, por tanto, la enseñanza profesional, al menos hasta finales de la década, ocupó un lugar secundario en las relaciones entre empresarios y el estado.

Con el crecimiento industrial y con los avances del intervencionismo estatal, sin embargo, la preocupación por la enseñanza técnica revivió, así como la actividad pública en este terreno. En particular, la actividad de Juan José Gómez de Araujo, inspector de Escuelas de Artes y Oficios y desde 1937 Director General de Aprendizaje y Orientación Profesional, quien estuvo al frente del sistema de enseñanza técnica de la nación durante más de catorce años, fue clave para la expansión del sistema de formación profesional en Argentina.

En 1937, Juan José Gómez Araujo, celebraba la creación de cuatro escuelas técnicas en la Capital Federal y subrayaba el atraso del país en este terreno: "Parecerá increíble que en la ciudad de Buenos Aires, principal centro industrial del país, y la de mayor población de la República, no haya existido con anterioridad una sola escuela para la formación de obreros, costeadas por el estado"<sup>62</sup>. Esta queja, además de un instrumento de propaganda del nuevo gobierno, mostraba cómo la educación técnica había sido considerada un aspecto secundario por un estado que desde sus orígenes se había preocupado por el control y desarrollo de un eficaz sistema de instrucción. A partir de esta fecha, sin embargo, la educación profesional atrajo una mayor atención de las autoridades.

A principios de la década de 1940, la enseñanza técnica se había convertido en una cuestión casi exclusivamente gubernamental. Las inversiones en formación profesional llevadas a cabo por distintas instituciones así lo demuestran (tabla 1). Aunque es probable que el esfuerzo realizado por algunas grandes fábricas no aparezca en la tabla 1, la presencia mayoritaria del estado es notable. De nuevo, se demostraba el deseo del estado de no compartir las tareas educativas de nin-

<sup>62</sup> J. J. Gómez Araujo, "Conferencia en el Instituto Popular de Conferencias, 27 de julio de 1937", p. 75.

guna clase con actores privados y la falta de voluntad o capacidad de los manufactureros para desarrollar su programa de enseñanza técnica.

Escuelas Industriales del Ministerio de Justicia e Instrucción	3,500,000
Escuelas Industriales de las Universidades	850,000
Escuelas Técnicas de "Artes y Oficios" del Ministerio de Justicia e Instrucción	3,500,000
Escuelas de "oficios" mantenidas por los gobiernos provinciales	1,150,000
Escuelas de "oficios" mantenidas por los gobiernos locales	350,000
Patronato Nacional de Menores	1,500,000
Privadas	250,000
<b>TOTAL PÚBLICA</b>	<b>11,100,000</b>
<b>TOTAL PRIVADA</b>	<b>250,000</b>

Tabla 1: Inversiones en enseñanza técnica para varones en 1943 (pesos)  
Fuente: J. J. Gómez Araujo, "Aprendizaje y orientación profesional...", p. 135.

Esta expansión del sistema fue acompañada de un discurso que enfatizaba la obligación de la escuela pública —y no de las fábricas— de educar a los hijos de las clases populares<sup>63</sup>. Esta posición reforzaba el poder de Gómez Araujo, pero no contradecía necesariamente la visión de los empresarios. Marcela Pranko, sin embargo, argumenta que los empresarios e ingenieros desarrollaron su propio programa de educación técnica, al margen de los deseos estatales<sup>64</sup>. Esta autora sostiene que los industriales habían avanzado no sólo en el desarrollo de un programa de educación técnica sino en su puesta en marcha, como eran los ejemplos Escuela Técnica de Aprendices Mecánicos de la Compañía Argentina de Talleres Industriales, Transporte y Anexos (CATITA), la de la Unión Telefónica, la de la Compañía de Electricidad del Sur Argentino, la de los talleres del MOP (Ministerio de Obra Pública) de la Nación y la de la Fábrica Argentina S.I.A.M. Di Tella.

Sin embargo, los argumentos de Pranko no son del todo concluyentes. En primer lugar, los propios ingenieros mantenían diferencias sobre quién debía ocuparse de la formación técnica de los trabajadores. Para el ingeniero civil José A. Gilli la educación técnica debía llevarse a cabo principalmente en la industria. Para Gilli, la escuela profesional estaba incapacitada para entender las necesidades específicas de la industria en un momento de crecimiento acelerado del sector manufacturero<sup>65</sup>.

Sin embargo, para Pascual A. Pezzano, profesor de la Escuela Industrial Otto Krause, esa argumentación no era convincente y la enseñanza de los técnicos de la industria debía

<sup>63</sup> En 1943, Gómez Araujo afirmaba: "Ratifico en esta oportunidad mi ubicación en las filas de los que creen que el obrero debe formarse en las escuelas". También en la misma conferencia defendía el control gubernamental del sistema de educación técnico: "El Estado debe mantener la dirección y contralor de toda la formación profesional, ya sea que ella se realice en escuelas de su jurisdicción, ya en cursos especiales a cargo de los propios industriales. Esta condición es de una importancia fundamental, pues es el Estado no debe desprenderse del derecho que le corresponde en la educación, formación y orientación de su juventud". (121) (131) "Aprendizaje y orientación profesional", Conferencia en la Universidad de Cuyo en julio de 1943, en J. J. Gómez Araujo, *Aprendizaje y Educación...*, pp. 121 y 131.

<sup>64</sup> M. Pranko, *Universidades del trabajo...*, pp. 108-122. En especial su afirmación: "la industrialización de la enseñanza industrial se tornó una propuesta concreta, efectiva, contraponiéndose a la tentativa, en vigencia, de establecer el monopolio estatal de la enseñanza", p. 122.

permanecer dentro de las aulas públicas. La respuesta de Pezzano a Gilli insistía en los celos tradicionales de los ingenieros hacia los industriales argentinos. En el fondo, si los estudiantes de las Escuelas Industriales de la Nación no ocupaban puestos más prominentes en la industria se debía a “la reserva que ciertos industriales muestran hacia los egresados de las escuelas oficiales”. No obstante, si los industriales querían hacer avanzar su producción en un contexto de creciente movilización obrera deberían abandonar su escepticismo hacia los técnicos: “El empirismo es incapaz de hacer producir más... a los obreros sindicados cuyo credo es producir lo menos posible. Solamente los técnicos preparados con bases científicas modernas, capaces de imaginar y crear nuevos procedimientos, podrán conseguir lo que los viejos capataces y directores de fabricación consideran imposible”<sup>66</sup>. La frustración de una buena parte de los ingenieros por la falta de comunicación con el mundo industrial persistía<sup>67</sup>.

Pezzano utilizaba un segundo argumento para desestimar la enseñanza dentro de las fábricas que era más novedoso, pues suponía una de las primeras denuncias del credo “racionalista” procedentes del mundo de la ingeniería. El ingeniero argumentaba que las industrias que habían introducido las técnicas tayloristas en sus instalaciones no precisaban de sistemas de enseñanza para sus trabajadores: “En ellas no se requiere operarios especializados formados en escuelas o instituciones similares, sino solamente peones o personas sin preparación alguna, las cuales se destinan a ejecutar en las máquinas, operaciones elementales de forma continuada”. Además, acusaba al taylorismo de haber sido uno de los orígenes del incremento espectacular del desempleo<sup>68</sup>. Pero sin la prédica taylorista los ingenieros perdían una poderosa herramienta discursiva en su lucha por orientar el sistema de educación técnica.

En segundo lugar, los avances reales de los empresarios en el campo de la enseñanza técnica habían sido muy limitados. Los experimentos de escuelas privadas exitosas eran muy escasos, como atestigua que sus defensores recurrieran insistentemente a los mismos pocos nombres. Uno de ellos era la Escuela Técnica de Aprendices Mecánicos de CATITA. Gilli, que era un entusiasta de esta institución reconocía que era un modelo que debía ser imitado, lo que subrayaba su carácter excepcional. Además, introducía una pequeña crítica al señalar que su organización en cursos, con parte práctica y teórica tenía “un poco sabor a escuela”<sup>69</sup>.

Por último, la presencia del estado argentino en el campo educativo, incluido el de la educación técnica, estaba demasiado asentada. El propio Gilli era director de la Escuela In-

<sup>65</sup> José A. Gilli, “La industria argentina y el problema del aprendizaje”, *La Ingeniería*, (agosto 1941), pp. 609-610.

<sup>66</sup> Pascual A. Pezzano, “La enseñanza técnica y el problema del aprendizaje”, *La Ingeniería*, (enero 1942), p. 51.

<sup>67</sup> En 1944, el ingeniero civil Francisco Javier Pastrana insistía en la necesidad de ampliar el sistema público de educación técnica, concentrándolo en grandes instalaciones que dieran cabida a laboratorios, talleres, etc., para poder hacer frente a las crecientes necesidades tecnológicas de la industria argentina. Sin embargo, llamaba también a los empresarios industriales a cooperar, incluso económicamente, ya que “la industria nacional ha de ser la única beneficiada con la mayor capacidad de los técnicos industriales”. Ver: Francisco J. Pastrana, “La enseñanza industrial vinculada con la construcción”, *La Ingeniería*, (enero, 1944), p. 24.

<sup>68</sup> P. Pezzano, “La enseñanza técnica...”, p. 49.

dustrial de la Nación 'Oeste'<sup>70</sup>. Los ejemplos de industrias que habían desarrollado su propio programa de enseñanza remitían de nuevo a unas pocas grandes fábricas y entre ellas los talleres del Ministerio de Obra Pública.

Los empresarios, y principalmente los ingenieros, podían teorizar sobre quién debía ocuparse de la formación técnica y en qué nivel, pero era el estado el que estaba monopolizando todos los niveles con excepción del aprendizaje básico que se llevaba a cabo en las fábricas. Pero también en este nivel la intervención estatal estaba propiciando importantes modificaciones. Antes incluso de que Perón regulara el aprendizaje industrial, los gobiernos conservadores de los años treinta moderaron el control de los empresarios sobre sus trabajadores más jóvenes a través de ciertas políticas sociales: "la legislación relativa al trabajo de menores de edad ha impuesto sucesivamente condiciones cada vez más atentatorias al aprendizaje... Así, horarios reducidos, vacaciones, asistencia médica, jornal mínimo obligatorio, etc."<sup>71</sup>.

Los burócratas estatales justificaron su control de la educación técnica con un discurso que adelantaba el "nacional-catolicismo" que pronto se extendería en las instituciones argentinas. Las ideas tayloristas y de racionalización del trabajo habían sido socavadas por la gran depresión y Gómez Araujo, entre otros, defendían un modelo educativo alternativo: "La diferencia del sistema de trabajo y el apresuramiento a veces febril con que se procede, hacen casi imposible la acción educadora de un solo maestro, y los aprendices, puestos al servicio indiferente de máquinas o de hombres, se forman casi mecánicamente ellos mismos, en algunos casos verdaderos autómatas humanos, eficientes y hábiles para una limitadísima función... Para ese tipo de organización industrial, la cultura del obrero pudo llegar a considerarse innecesaria, y su personalidad espiritual, casi un estorbo. En un determinado momento del mundo, millones de hombres estuvieron muy cerca de esta conformación espiritual"<sup>72</sup>.

La vigorosa entrada de un pensamiento católico en un mundo educativo tradicionalmente laico como el argentino es una de las claves para comprender las transformaciones que se estaban llevando a cabo durante la década de 1930<sup>73</sup>. Esta penetración católica pudo tener un caldo de cultivo especial en el campo de la educación técnica, un tanto olvidado por el sistema educativo público que se puso en marcha a finales del siglo XIX. De hecho, el primer proyecto de creación de una universidad obrera en el país fue impulsado por el episcopado argentino en 1919<sup>74</sup>. Pero la nueva visión educativa iba más allá de la enseñanza profesional y no sólo partió de las instancias más altas

<sup>69</sup> J. A. Gilli, "La industria argentina...", p. 611.

<sup>70</sup> M. Pranko, *Universidades del trabajo...*, p. 114.

<sup>71</sup> Humberto Gamberale, "Necesidad de afianzar el aprendizaje técnico de los oficios entre los adolescentes nativos", *La Ingeniería*, (Marzo 1939), pp. 168-169.

<sup>72</sup> J. J. Gómez Araujo, "Conferencia en el Instituto Popular de Conferencias, 27 de julio de 1937", p. 66.

<sup>73</sup> Sobre el resurgir católico durante de los años treinta ver: Loris Zanatta, *Del estado liberal a la nación católica: Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, Bernal, Argentina, 1996.

sino que encontró apoyos importantes entre educadores y burocratas en las provincias. El mejor ejemplo de ello es el de la provincia de Buenos Aires, la más rica de las provincias argentinas y que distaba de ser la más "tradicional". Allí la irrupción de la educación católica con el golpe de estado de 1943, reafirmada tras la llegada al poder de Perón en 1946, encontró un caldo de cultivo adecuado entre los responsables de la educación de la provincia, docentes e inspectores incluidos<sup>75</sup>. La renovación de la educación a partir de 1946 adquirió en la provincia un marcado contenido anti-taylorista, lo que puede sorprender dada la escasa implantación en la industria argentina de las estrategias de racionalización del tiempo del trabajo. Eran habituales afirmaciones como ésta: "Recordemos con Spranger, en su obra 'Psicología de la edad juvenil': 'Las lamentaciones sobre el materialismo del trabajo industrial, causadas por la especialización y mecanización, son el trágico cantar, que acompaña el ritmo de nuestro movimiento cultural, como un presagio de muerte'<sup>76</sup>.

¿Qué lugar ocupaba la formación profesional en una ideología que despreciaba la tecnificación de la sociedad como un avance del materialismo ateo? El Director General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires, Estanislao A. Maldones, estableció los fundamentos de la nueva visión sobre educación técnica a lo largo de repetidos discursos:

Luego debo destacar la atención preferente que ha merecido de la Dirección General la enseñanza profesional y de oficios. La sociedad hasta el presente, no se ha ocupado del educando más que como ser aislado, preparándolo sólo para el momento en que debe penetrar en el ámbito económico y social. El impulso acelerado, casi vertiginoso, con que hoy evolucionan y se perfeccionan las ciencias y las artes, así como las industrias y la organización social, exigen métodos modernos de preparación, y también, expeditivos, que sólo pueden encontrarse en escuelas especiales, dotadas de los recursos y elementos más recientes, que impartan una instrucción a la vez técnica, artesana. Ya se ha dicho que la mano es la segunda inteligencia, y por lo tanto, piensa. (...) Tenemos que nivelarnos en el impulso constructivo y técnico de los grandes países de la tierra si queremos redimirnos del coloniaje depresivo de la inteligencia y la economía, y liberarnos del vasallaje incondicional que nos impone la industria extranjera<sup>77</sup>.

Por una parte, se hacía énfasis en el discurso de "independencia económica". La enseñanza técnica era necesaria para hacer progresar el país y contribuir a su liberación "del vasallaje incondicional que nos impone la industria extranjera". Por otra parte, la enseñanza técnica no se entendía como algo específico, sino que debía contribuir a dotar al educando de valores, se debía instruir al ser humano y no sólo al trabajador o al técnico: "estamos en la tarea de hacer de la escuela,

<sup>74</sup> M. Pranko, *Universidades del trabajo...*, p. 30.

<sup>75</sup> Sobre el ascenso de las ideas católicas en materia educativa tras el golpe de 1943 ver J. C. Tedesco, *Educación y sociedad...*, p. 232. Ver también: L. Zannatta, *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1943-1946*, Buenos Aires, 1999, especialmente el capítulo 1.

<sup>76</sup> *Revista de Educación* (Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires, La Plata), (septiembre-octubre, 1946), p. 86. Ya el gobierno que surgió del golpe de Estado de 1930 había intentado poner en marcha una educación que se oponía a la introducción de las cuestiones técnicas y pragmáticas. Su principal impulsor hablaba de "espiritualizar nuestra escuela". Ver: J. C. Tedesco, *Educación y sociedad...*, p. 235.

<sup>77</sup> *Revista de Educación* (enero 1949), p. 115.

desde su elemental iniciación, el laboratorio constructivo del futuro, convirtiéndolo en el hogar colectivo donde se forje el carácter, se desarrolle la inteligencia, se modele la aptitud y se encauce la capacidad del alumno, labrando su personalidad futura como a hijo moral de la Nación"<sup>78</sup>. Esto es, la educación técnica no se debía basar en una mera racionalidad "productivista" sino que era parte de la formación de un sujeto integral, católico y argentino. El objetivo final de estos educadores católicos no era tanto el desarrollo industrial de la nación como la construcción de una nación católica. Más allá de la fragmentación del sistema educativo, de las diferencias entre educación técnica y educación teórica o de las diferencias entre niveles, la visión educativa era absoluta y única, buscaba un fin global. Como afirmaba el mencionado Maldones en un párrafo lleno de referencias tomistas:

Tales reinos son el natural o de la economía; el hominal, o la técnica y el del espíritu, o la universalidad. El económico-eslavo pretende abarcar el mundo; pero lo detiene el reino de la técnica que pertenece a la raza sajona. Y si nosotros, latinos, no los superamos a ambos, implantando el reino del espíritu, llegarían a destrozarse, acarreamos la ruina de la civilización humana. [...] La construcción de ese tercer reino, o sea el reino del espíritu, no es una labor sencilla [...] Desde luego, es, ante todo, una tarea educativa"<sup>79</sup>.

Algunos autores han señalado la cercanía entre las posturas católicas y las de los defensores de la racionalización del trabajo. De hecho, los industriales habían colaborado en las tareas de educación técnica llevadas a cabo por los círculos obreros y otras instituciones laicas bajo el auspicio de la Iglesia<sup>80</sup>. Sin embargo, había una diferencia profunda entre esas posturas que se manifestó con fuerza en la década de 1930. Como se ha visto, la preocupación de Gómez Araujo con el desarrollo de la "personalidad espiritual" cobró la forma de una crítica alusiva del taylorismo como un pensamiento materialista. Así, el autor unía las ideologías de racionalización del trabajo con las ideas socialistas e izquierdistas. Su visión educativa tenía un matiz más paternalista que racionalista.

No debe pensarse que esa forma de pensar alejaba a Gómez Araujo de los industriales. De hecho, antes de la llegada al poder de Perón, el inspector educativo e ingeniero y los representantes de los manufactureros mantuvieron relaciones cordiales y un consenso bien establecido sobre algunos puntos. Durante buena parte de la década de 1930, gobierno y elites económicas mantuvieron relaciones relativamente armoniosas, sin duda, más cordiales que las que se habían dado durante los gobiernos radicales de la década anterior y que las

<sup>78</sup> *Revista de Educación* (febrero 1949), pp. 68-69.

<sup>79</sup> *Revista de educación*, (abril 1949), pp. 11-13.

<sup>80</sup> M. Pranko, *Universidades del trabajo...*, p. 50.

que se darían con las posteriores administraciones peronistas. Pero el fracaso del taylorismo, el triunfo de una visión de la educación técnica cuyo objetivo era la formación global del estudiante/trabajador en función de necesidades ajenas a la industria y la imposibilidad de ofrecer una alternativa al monopolio educativo del estado significaba la renuncia de los industriales a presentarse ante la sociedad argentina como los portadores de un conocimiento de vanguardia que los hacía merecedores de una posición social de preeminencia.

Las ideas de los gobernantes de la nación y de los encargados de diseñar el sistema educativo estuvieron durante la década de 1930 más cerca que nunca de las posiciones de los industriales. Sin embargo, la influencia de los empresarios no les garantizaba en todas las ocasiones el resultado buscado. Como se mencionó, en 1927 se había creado una Comisión Asesora de Enseñanza Industrial y se solicitó a la Unión Industrial su cooperación en el funcionamiento de la institución. Sin embargo, durante la década de 1930 el gobierno estaba manejando los asuntos educativos de manera completamente autónoma. En 1943, Gómez Araujo reclamó de nuevo una mayor participación de los representantes de los industriales en el sistema público de educación técnica y al hacerlo puso de manifiesto la inutilidad de la Comisión: "Esta recomendación es muy fácil de llevar a la práctica, pero ella sería una consecuencia lógica de una medida más general como es la creación en nuestro país de una comisión nacional asesora de la enseñanza industrial, formada por representantes del gobierno y de las entidades industriales"<sup>81</sup>.

Así, a pesar de las buenas relaciones con el gobierno, los industriales no lograron un papel demasiado significativo en la definición de las políticas de educación técnica. Esto no es una sorpresa. También en otros terrenos de la vida pública, a pesar de los discursos y los llamados a una cooperación más estrecha entre los actores privados y el gobierno e incluso a una corporativización de la representación de intereses, el estado mantuvo la voz cantante en la mayoría de ocasiones<sup>82</sup>. Esto era el resultado de la desconfianza del estado hacia unos actores privados a los que no consideraba preparados para llevar a cabo la tarea encomendada pero también de unos actores privados acostumbrados a desconfiar de un estado demasiado poderoso. Esta desconfianza, en el caso de la formación técnica, se traducía en la polémica que generaba cualquier anuncio por parte del gobierno de poner en marcha un sistema de orientación vocacional o profesional. En 1940 la Dirección de Educación de la Provincia de Buenos Aires tuvo que salir al paso de una polémica creada por un supuesto intento del gobierno de

<sup>81</sup> J. J. Gómez Araujo, "Aprendizaje y orientación profesional", Conferencia en la Universidad de Cuyo en julio de 1943, p. 129.

<sup>82</sup> Ver: José Antonio Sánchez Román, "Shaping Taxation: Economic Elites and Fiscal Decision-Making in Argentina, 1920-1945", *Journal of Latin American Studies* (en prensa).

orientar la vocación de los estudiantes más jóvenes: "No hay en el plan de la Reforma, ni en los fundamentos doctrinales expuestos por la comisión una sola frase que autorice a pensar que se ha incurrido en el desatino pedagógico de intentar resolver este problema en la escuela primaria"<sup>83</sup>.

Lo que en 1940 era considerado un "desatino pedagógico", durante el gobierno peronista recibía una valoración completamente distinta:

La reforma constitucional integra su plan educativo básico con la solución del problema de la orientación profesional, cuya extraordinaria trascendencia se mide recién en nuestros días [...] Hoy está científicamente probado, con estadísticas elocuentes, que un gran número de accidentes de trabajo, de faltas habituales de empleo, de bajos coeficientes de producción y de fracasos profesionales, se deben al despego del trabajador manual o intelectual por la tarea que realiza, como consecuencia de la errada elección profesional. Además, la orientación profesional se dirige a enfrentar otras dos grandes cuestiones sociales, a saber: la eliminación de la desocupación tecnológica, con lo que contribuirá a la política de ocupación plena... y además colaborará en la distribución racional de la población, que se cumple mediante el establecimiento de industrias en todo el ámbito terreo del país, porque la orientación específica se hará dentro de las ocupaciones regionales propias, con el fin de no desarraigar al joven de su ambiente natural<sup>84</sup>.

La orientación profesional desde una edad temprana parecía así coadyuvar a la consecución de algunos objetivos del gobierno peronista, como el de la plena ocupación o el de la reactivación de las economías regionales. Como en el caso de la ideología católica que inspiraba la renovación de la educación técnica, esta visión tenía aspiraciones de totalidad. Afectaba a los niños en la escuela primaria, pero tenía también un corolario universitario. Junto a la orientación vocacional se debían orientar las universidades nacionales en cada provincia hacia el estudio técnico por razones similares. El mismo autor de la cita anterior continuaba tras su reflexión sobre la elección profesional: "El ahondamiento de cada universidad en los estudios de la historia y en la tradición que da fisonomía a la región, que desarrolla el amor por lo pasado, en ella, y suscita el sentido de la vida común, y la profundización de los conocimientos técnicos y científicos aplicados a las riquezas e industrias locales"<sup>85</sup>.

Los intentos por controlar el aprendizaje y la orientación profesional de los jóvenes estudiantes por parte del gobierno peronista junto al papel periférico de los empresarios en el sistema de educación técnica abrieron un duro conflicto entre estado e industriales. En 1944, el gobierno militar había creado la Comisión Nacional del Aprendizaje y Orientación Profesional

<sup>83</sup> *Revista de Educación*, (Abril-Mayo, 1940), pp. 19-20.

<sup>84</sup> *Revista de Educación*, (Abril, 1949), pp. 42-44.

<sup>85</sup> *Revista de Educación*, (Abril, 1949), p. 44.

(CNAOP) y junto a ella un impuesto *ad hoc* para su mantenimiento. Esta ley había sido impulsada por Perón desde su puesto en la Secretaría de Trabajo y fue parte del conflicto que el entonces coronel estaba librando con algunos sectores del empresariado argentino. El control del nuevo sistema de aprendizaje por la Secretaría de Trabajo que ocupaba Perón muestra los lazos que el gobierno estaba estableciendo entre política social y tecnológica. De hecho, el preámbulo de la ley hacía más hincapié en mejorar las condiciones morales y materiales de las clases trabajadoras que en elevar la preparación técnica de la mano de obra de la industria nacional. La nueva ley imponía a las escuelas técnicas existentes en el país, incluidas las que funcionaban dentro de las fábricas, la necesidad de obtener reconocimiento oficial para continuar con sus actividades y tan sólo eximía parcialmente del llamado impuesto de aprendizaje a aquellas fábricas que mantuvieran un sistema de formación profesional. La nueva ley establecía que era el estado el responsable de la "vigilancia y dirección del trabajo de los menores de 14 a 18 años"<sup>86</sup>. Esto es, la ley intervenía directamente en el control que los empresarios ejercían sobre sus trabajadores dentro de las fábricas.

Este no fue el único problema para los empresarios. Según sus quejas, muchas de las escuelas creadas por las propias industrias no consiguieron obtener la renovación de su permiso. Un caso fue el de la escuela industrial creada por la asociación de fabricantes de zapatos en 1943 en Buenos Aires, con la aprobación oficial aunque sin ningún tipo de ayuda económica estatal. El primer año, 43 estudiantes se graduaron en alguno de los tres cursos ofrecidos por la escuela. La escuela creció y en 1946 ya tenía más de 100 estudiantes matriculados. Ese año también significó el fin de la experiencia. A pesar de varios intentos, la escuela no consiguió el reconocimiento oficial y fue cerrada ese mismo año<sup>87</sup>.

El gobierno estaba tratando de centralizar todo el sistema educativo, incluida la formación profesional. Pero esta centralización no habría significado un obstáculo para los empresarios si éstos hubieran participado en el diseño de la política desde alguna plataforma corporativa. En realidad, las iniciativas empresariales en materia de educación técnica fueron borradas por el gobierno en buena medida porque esas iniciativas siempre habían sido débiles. Irónicamente, las leyes que regulaban el trabajo infantil eran hasta cierto punto el resultado de la larga gestión de Gómez Araujo al frente del sistema de educación técnico. Gómez Araujo ya había propuesto años atrás la necesidad de modificar las leyes sobre el trabajo de los menores para adecuarlas a las necesidades de

<sup>86</sup> República Argentina, Poder Ejecutivo de la Nación, Decreto 14.538, 27 Noviembre de 1943. M. Pranko, *Universidades del trabajo...*, p. 171.

<sup>87</sup> F. F. Delrío, *Después de la Ojota...*, p. 230 y Antonio Vaquer, *Historia de la ingeniería en la Argentina*, Buenos Aires, 1968, p. 414.

formación profesional del país. Además, inspirado por la *taxe d'apprentissage* que se cobraba en Francia, también fue el primero en introducir esa posibilidad para financiar el sistema de aprendizaje técnico público con dinero procedente de los propios industriales<sup>88</sup>. Perón, hábilmente, reinterpreto en una clave "obrerista" esos viejos proyectos de un burócrata educativo. Finalmente, la ideología educativa taylorista o "racionalista", que en otros lugares servía para construir la imagen de un futuro de armonía entre las clases sociales, en Argentina había sido derrotada por otras ideas que consideraban su tecnicismo materialista y fuente de segmentación de la sociedad.

La CNAOP y el impuesto del aprendizaje fue un primer paso en un programa de centralización más amplio. En 1948, la mayoría de las viejas escuelas de artes y oficios quedaron incluidas en la Secretaría de Educación y por tanto bajo el control del gobierno. El cambio no sólo implicaba un proceso de centralización sino que también formaba parte de la batalla simbólica que el peronismo estaba librando contra las viejas elites. Así, algunas escuelas de artes y oficios pasaron a llamarse "escuelas obreras", mientras que las escuelas industriales de nivel medio quedaron incorporadas al sistema con el nombre de Escuelas Industriales de la Nación<sup>89</sup>.

El intento de las elites económicas de controlar la formación de su mano de obra fue atacado por otros flancos. En 1948 una ley nacional continuaba explícitamente la política iniciada con la creación de la CNAOP e implementaba el segundo y tercer ciclo de enseñanza técnica. La culminación de todo un ciclo coherente de educación era la llamada Universidad Obrera Nacional, constituida en esta ley de 1948, pero que no empezó a funcionar hasta 1952. Por primera vez, al menos en teoría, la educación técnica quedaba incorporada a un sistema homogéneo, controlado por el estado y que abarcaba desde el nivel primario hasta el universitario.

James Brennan ha señalado que la creación de la Universidad Obrera en 1952 pudiera ser un intento de acercamiento del gobierno a los industriales. En ese año, en un intento de enfrentar la crisis económica, el gobierno había iniciado la transformación de su política de distribución en una política que hacía énfasis en la "productividad". Como parte de este programa, el gobierno intentó reducir el poder de los representantes de los trabajadores en las fábricas para restaurar la disciplina en el trabajo y, según Brennan, creó la UON con el objetivo de demostrar su compromiso con la mejora técnica y el aumento de la productividad. Además, la Universidad Obrera tenía previsto en sus estatutos permitir el acceso

<sup>88</sup> J. J. Gómez Araujo, "Aprendizaje y orientación profesional", Conferencia en la Universidad de Cuyo en julio de 1943, pp. 132 y 136.

<sup>89</sup> Roberta Paula Spregelburd, "La enseñanza técnica en el nivel primario. Las Misiones Montotécnicas. Análisis de un caso en Luján", en Héctor Rubén Cucuzza (dir.), *Estudios de Historia de la Educación durante el primer Peronismo, (1943-1955)*, Universidad Nacional de Luján, 1997, pp. 362-63 y International Labour Office, *Vocational Training in Latin America*, Geneva, 1951, pp. 110-35, M. Pranko, *Universidades del trabajo...*, p. 168 y Delia Teresa Álvarez de Tomassone, *Universidad Obrera Nacional-Universidad Tecnológica Nacional. La génesis de una universidad, 1948-1962*, Buenos Aires, 2000, p. 10.

de los empresarios a la junta directiva y facilitarles su influencia sobre los planes de estudio<sup>90</sup>.

No poseemos demasiados datos para comprobarlo. La UIA, que se había mostrado hostil a la reglamentación del aprendizaje por parte del gobierno peronista, había sido intervenida. No obstante es probable que muchos de los empresarios que formaban la dirección tradicional de la Unión Industrial sintieran en la Universidad Obrera una nueva afrenta del gobierno justicialista. La CGE (Confederación General Económica), la alternativa a la UIA que surgió por iniciativa de Perón para encontrar un interlocutor en el mundo empresarial, se mostró muy reservada sobre la cuestión de la Universidad Obrera<sup>91</sup>. Por otro lado, algunas pistas indican que la recepción de la nueva universidad no debió ser favorable entre los empresarios manufactureros. En primer lugar, hay que recordar que la Universidad Obrera había sido creada en 1948, aunque no empezara a funcionar hasta 1952. En segundo lugar, como la propaganda peronista no dejaría de mencionar, la Universidad Obrera había sido un tema de cierta significación en las reivindicaciones obreras y de los círculos obreros inspirados por la tradición católica, pero nunca había estado en la agenda de industriales y otros miembros de las elites económicas otorgar a los trabajadores la posibilidad de una formación universitaria<sup>92</sup>. El papel de los obreros en la organización de la UON era más que simbólico y su presencia más determinante que en el caso de los industriales. El Rector de la Universidad sería un obrero procedente de la Escuela Sindical de la CGT, la confederación que agrupaba a los sindicatos argentinos, y la misma condición se exigía a los decanos de las Facultades<sup>93</sup>.

La UON tenía previsto otorgar el título de ingeniero de fábrica, tras cinco años de estudios en diferentes ramas como "construcciones de obras", "construcciones mecánicas", "automotores", etc., a alumnos procedentes de las escuelas industriales de la nación o que tuvieran ya el título de técnico de fábrica. El principal problema no era tanto la formación técnica ofrecida como la presencia de cursos que tenían un objetivo adoctrinador, como "sindicalismo justicialista y legislación obrera"<sup>94</sup>. Enfrentados con un estado que apoyaba de manera más o menos abierta la sindicalización y los reclamos obreros, los empresarios veían en el control gubernamental de la enseñanza técnica y en las materias que allí se impartían un riesgo evidente. La visión global y unificadora de la educación, procedente de la matriz católica, y que hacía énfasis en la cuestión de los valores se preocupaba más por la formación de obreros peronistas que buenos católicos<sup>95</sup>.

<sup>90</sup> James P. Brennan, "El empresariado: la política de cohabitación y oposición", en Juan Carlos Torre, *Los años peronistas (1943-1955)*. *Nueva Historia Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, tomo VIII, pp. 432-433.

<sup>91</sup> M. Pranko, *Universidades del trabajo...*, p. 177.

<sup>92</sup> La idea de que la UON fue fruto del establecimiento del programa de los sindicatos ha sido defendida por Pineau, *Sindicatos...*, p. 89. La retórica peronista enfatizaba que la principal preocupación de Perón al reformar el sistema de educación técnica era atender los pedidos de los propios trabajadores. Véase un ejemplo de ello en un discurso de Gómez Araujo, transformado en adalid de la escuela peronista, J. J. Gómez Araujo, "El perfeccionamiento obrero". (Palabras pronunciadas el 24 de julio de 1944, al ser inaugurados los cursos de perfeccionamiento obrero en todo el país), en J. J. Gómez Araujo, *Aprendizaje y Educación...*, pp. 141-42.

<sup>93</sup> M. Pranko, *Universidades del trabajo...*, p. 185.

<sup>94</sup> M. Pranko, *Universidades del trabajo...*, p. 187. Los planes de todos los cursos de la Universidad en sus orígenes se encuentran en *Revista de la Universidad Obrera Nacional* (octubre-noviembre, 1954, pp. 55 y ss.

Igualmente significativa fue la reacción de los ingenieros. Como en el caso de la UIA, la presión del gobierno peronista hizo desaparecer de su publicación cualquier atisbo de disenso. Sin embargo, sus representantes manifestaron su desacuerdo con la creación de la nueva universidad, a pesar de que habían insistido en muchas ocasiones en que la Argentina industrial necesitaba de más ingenieros. Marcela Pranko ha interpretado la oposición de los ingenieros como un debate sobre status y jerarquías. La obtención del título de ingeniero por lo que no eran más que obreros cualificados o técnicos atentaba contra la tradicional división entre "cultura superior" y "cultura técnica"<sup>96</sup>. Esta actitud "torre de marfil" que colocaba a los universitarios en un plano cultural distinto, dedicados a actividades que no tenían aplicación práctica concreta, siempre había existido entre los ingenieros. En 1941, un antiguo Decano de la Facultad de Ciencias Exactas Físicas y Naturales, en la que estaban incluidos los estudios de ingeniería, se dirigía así a ese gremio: "En cuanto al llamado conocimiento práctico de las diversas tecnologías, en número creciente y siempre cambiante, debe ser motivo de cuidadoso dopaje (sic) en la enseñanza universitaria, so pena de desvirtuarla y subalternizarla (sic) sin aumentar la eficiencia práctica del técnico"<sup>97</sup>. Este llamado a preservar un espacio de reflexión teórica trataba de respaldar las aspiraciones de los ingenieros a sentirse partícipes de las elites de una sociedad que seguía valorando más la formación humanística que la científica. Sin embargo, este tipo de mensaje era una respuesta a otros muchos que dentro del mismo gremio de ingeniería insistía en la necesidad de profundizar los aspectos prácticos del *currículum*. La propia corriente "racionalista" de los años treinta había apostado por esa línea.

Hay otra posible interpretación para la oposición de los ingenieros a la apertura de la Universidad Obrera Nacional y es la corporativa. Con el aumento de universitarios que gozarían del título de ingenieros, la competencia por los puestos de trabajo se haría más aguda. Ya se han visto en este trabajo las quejas por la falta de salidas de los ingenieros en la industria, por la excesiva dependencia del sector público. Los lectores de *La Ingeniería* encontraban abundantes ejemplos en los que se solicitaba al gobierno —nacional o de las provincias— que creara cuerpos especiales de ingenieros para absorber a los nuevos graduados universitarios. También se insistía en la necesidad de garantizar el "monopolio del ejercicio" sobre distintas actividades para los ingenieros y en los problemas de desocupación<sup>98</sup>. Esto aparentemente contradice la idea de que la Argentina necesitaba más ingenieros para completar su des-

<sup>95</sup> Perón destacaba la relación entre el impulso a la educación técnica por parte del gobierno peronista y el adoctrinamiento político y moral o, en sus propias palabras, "nos hemos liberado de los viejos prejuicios de la neutralidad escolar [...] La escuela no puede hacer como que ignora verdades substanciales para el hombre", *Revista de Educación*, (1951: nº 2), p. 11.

<sup>96</sup> M. Pranko, *Universidades del trabajo...*, p. 182.

<sup>97</sup> Hilario Magliano, "La investigación científica y la técnica", *La Ingeniería*, (agosto 1941), p. 602.

arrollo industrial. Sin embargo, estos profesionales distinguían perfectamente entre la utopía tecnocrática e industrialista que habían soñado durante la década de 1930 y una realidad en la que “ni tampoco el ingeniero, y el técnico en general, intervienen todavía en la vida económica, en la industria, en la banca, el comercio y en la vida pública en la forma que sería conveniente para un mejor equilibrio y una mayor eficiencia social”<sup>99</sup>.

#### 4. Conclusión

La creación de la Universidad Obrera Nacional puede ser entendida como una derrota de algunos sectores de las elites económicas y sociales argentinas. Los industriales y buena parte de las elites argentinas, entre ellos los ingenieros, así lo entendieron y por ello promovieron su completa reestructuración tras la caída de Perón en 1955<sup>100</sup>. Sin embargo, los logros de la Universidad fueron más simbólicos que reales. La UON tuvo problemas para funcionar adecuadamente y ya en 1955 pasaba por apuros económicos. En la práctica no fueron a la Universidad demasiados obreros, sobre todo porque la exigencia académica los hacía difícilmente compatibles con el trabajo en la fábrica. Además, el tipo de alumnos que acudió a la UON en Buenos Aires tenía orígenes similares al que acudía a la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires<sup>101</sup>.

La creación de la UON reflejaba también algunas tendencias de largo plazo en la institucionalización del sistema educativo argentino. La creación de la Universidad Obrera por parte de Perón recogía varias tendencias subyacentes. En primer lugar, la creciente centralización del sistema educativo. Si esto no había afectado a la educación técnica hasta entonces era porque los gobiernos anteriores habían centrado su atención en los sistemas tradicionales. Pero desde los años treinta, los gobiernos conservadores habían incrementado su control sobre la formación profesional e incluso, a través de ciertas políticas sociales, habían empezado a morigerar el control empresarial sobre sus aprendices. Perón acentuó esa tendencia. En segundo lugar, la Universidad Obrera era el corolario de una doctrina educativa, que con raíz católica, hacía hincapié en una visión totalizadora de lo educativo y arremetía contra las ideas racionalistas y tayloristas aplicadas a la enseñanza técnica. El gobierno justicialista hizo suya esa visión, sustituyendo en alguna medida los valores católicos por el adoctrinamiento como peronistas y argentinos de los obreros que acudían a las Escuelas Industriales o a la Universidad. En tercer lugar, la Universidad Obrera formaba parte de una retórica

<sup>98</sup> Ver por ejemplo, *La Ingeniería*, (noviembre 1935), pp. 729-730.

<sup>99</sup> H. Magliano, “La investigación...”, p. 602.

<sup>100</sup> Sobre la evolución de la enseñanza técnica y de la Universidad Obrera después de 1955 ver: D. Tomassone, *Universidad Obrera...*, parte 4 y M. Pranko, *Universidades del trabajo...*, pp. 188-191.

<sup>101</sup> D. Tomassone, *Universidad Obrera...*, parte 3 y Esti Rain, *Politics...*, p. 96

que reconocía los anhelos de sindicatos y obreros. Los primeros habían experimentado con la creación de universidades obreras como una forma de garantizar a los trabajadores una capacidad de poder más importante basada en su conocimiento técnico. Estos últimos habían mirado a la Universidad como el camino hacia el ascenso social. La Universidad Obrera Nacional, más allá de sus logros reales, era la culminación simbólica de un proceso que despojaba a ciertos sectores de las elites de su pretensión de monopolizar los conocimientos más valiosos para la sociedad.

Pero esa batalla simbólica, librada por la preeminencia en la posesión del conocimiento técnico, tenía un largo alcance. Los empresarios argentinos no mostraron demasiado entusiasmo por las ideologías de racionalización del trabajo durante la década de 1920 y persistieron en sus prácticas paternalistas —hasta ese momento, relativamente exitosas— en sus relaciones con los trabajadores. Las ambiguas relaciones que la industria mantuvo con el mundo de los ingenieros son una buena prueba de las dificultades de los empresarios para acoger la prédica racionalista. El rol marginal de los empresarios argentinos en la definición de las políticas de educación técnica y de aprendizaje fue, en parte, el resultado de su escaso compromiso intelectual y práctico con el desarrollo de las nuevas ideas. La Universidad Obrera ofrecía a sus estudiantes la posibilidad de convertirse en ingenieros, un título que abría las puertas del ascenso social. Los industriales, cada vez más ricos y poderosos, se enfrentaban tras la Segunda Guerra Mundial al retraso tecnológico de la protegida industria argentina y a un conflicto social abierto que les disputaba la hegemonía incluso dentro de las fábricas. Su incapacidad para reclamar la preeminencia social que les podría haber correspondido por su posición económica basándose en la posesión de los conocimientos de vanguardia claves para el desarrollo del país fue una parte importante de esta historia<sup>102</sup>. Como mostraba la creación de la Universidad Obrera Nacional, el estado parecía poseer la palanca del desarrollo y del conocimiento.

<sup>102</sup> La debilidad de los manufactureros como elite contrasta con la fortaleza de los estancieros pampeanos quienes a fines del siglo XIX legitimaban su posición en la pirámide social en el control de las más avanzadas técnicas de producción agropecuaria, la base del "progreso" argentino. Ver: Roy Hora, *The Landowners of the Argentine Pampas. A Social and Political History 1860-1945*, Oxford, 2001, p. 45.

Agradezco a Doma Guy y Carolina Rodríguez sus comentarios sobre una versión anterior de este trabajo. Por supuesto, todos los errores son de mi única responsabilidad.